

73.373

Me gustaría ver las cosas como Dios las ve. Así sería más fácil escribir sobre la diócesis donde nací a la fe, donde me sembraron de esperanza, donde aprendí a amar de una manera distinta, usando mis límites como un trampolín. Pero no es fácil mirar con los ojos de Dios.

Porque si me alejo demasiado para contemplar a mi Iglesia diocesana, se me desdibujan los contornos. Y entonces el barro del camino pesa más que la alegría que siente el corredor al entregar la antorcha a su relevo. Vistos desde lejos, 200 años han dado para mucha mediocridad, cientos de desaciertos, miles de pecados con sus nombres y apellidos. Es lo que tiene mantener las distancias: que quien se aleja de donde ocurre la vida se queda con las formas y no se entera de lo que pasa por dentro. Ése es un pecado muy nuestro; de las personas y de las instituciones, quiero decir.

Las cosas se ven distintas con los ojos de Dios. Cuando se abra la Puerta Santa del Año Jubilar, a quienes miren con esos mismos ojos les saldrán al encuentro las millones de historias de salvación que durante nuestros 73.373 días como diócesis se han gestado en los adentros de esta porción de la Iglesia que Dios soñó como un hogar cálido desde el que dar a luz la esperanza para nuestras islas. Esperanza con mayúsculas, quiero decir.

Cada uno de esos días, las puertas de las iglesias y los cerrojos del corazón de los creyentes se han abierto, o lo han intentado, para contagiar la alegría de creer. Una y otra vez, con decepción tras cada error (o no), con alegría después de cada acierto (o no). Improvisando, repitiendo esquemas marchitos o arriesgando en el nombre del Señor. Aquellos que caminaron antes, y ahora nosotros, hemos dado vida a un territorio que sería peor si los creyentes de estas islas no existiéramos; hemos mejorado la vida de unas personas que habrían sufrido más si los seguidores de Jesús no hubiéramos estado. Tenemos derecho a dar gracias a Dios por habernos usado para mejorar el mundo, quiero decir.

Cuando se abra la Puerta Santa del Jubileo, es posible que la herrumbre de las bisagras nos lo ponga un poco difícil. ¡Son tantos años...! Pero por encima de todo retumbará el silencio de nuestro más íntimo deseo, que es al mismo tiempo nuestra necesidad más honda: “Siempre contigo, siempre como tú, Señor”. La frase se la he pedido prestada a san Ignacio de Loyola.

Doscientos años... uf, nadie vive tanto. Al final, lo que nos quedan son las ganas de decirle a Dios algo así como: “Dame tiempo, mi Señor, para amarte más despacio”. Creo que esto es lo más importante de todo lo que quiero decir.



Carmelo Pérez
Sacerdote diocesano